

## Mercedes Molina Galarza.

*Docente, investigadora del CONICET, integrante de la Comisión de Pedagogía de la Memoria del Espacio para la Memoria y los DDHH. EPM Ex D2.*



### “Familia ampliada

Los ‘70 fueron años duros para mi familia. Hablo de familia en sentido ampliado, contando a mis tíos y abuelos, además de la familia pequeña, la mía, que quedó desarmada tras la desaparición de mi mamá, en La Plata; la detención y el posterior exilio en Estados Unidos de mi papá, y mi venida a Mendoza, a vivir con mis abuelos maternos, Martín y Blanca, en 1977, cuando tenía 6 meses. Mi mamá se llamaba Liliana Galarza. Estaba ávida por conocer el mundo cuando se fue, en 1973, a trabajar y estudiar ingeniería a la UTN en La Plata. Tocaba la guitarra, le gustaba cantar, escribía poesía y había sido una excelente alumna desde chica. Fue abanderada del colegio María Auxiliadora, en Mendoza y, cuando

egresó, consiguió una beca en Gas del Estado para trabajar e instalarse a estudiar en la capital bonaerense.

Las universidades eran, por aquel tiempo, un semillero de proyectos de transformación política y social. Existía la confianza de que, con lucha y esfuerzo, era posible cambiar el mundo. Mi mamá se sumó a las filas de la joven militancia peronista, con ansias de construir una patria más justa, libre y soberana. Fuerzas conjuntas del ejército y la policía la detuvieron de manera ilegal, el 18 de noviembre de 1976, y fue llevada al centro clandestino que funcionaba en la Brigada de Investigaciones de La Plata. Mi familia pudo saber que estuvo con vida hasta diciembre de 1977. Lo que nunca nos dijeron, ni quedó registrado en ningún lado, fueron las razones de su detención. No hay delitos que se le imputen, no hubo abogados, ni juicios. Si su militancia política, sus ideas o su trabajo social en el barrio popular La Quinta, en las afueras de La Plata, pudo ser considerado una amenaza para el gobierno dictatorial de esos años, no lo sabemos. No quedó ningún registro de qué culpas le imputaron sus verdugos.

Fui creciendo y mi familia logró mantenerme a salvo de todo ese horror durante los años de infancia. El patio de mi tía abuela Rosa, lleno de verde, flores, tortugas y mucho sol mendocino es mi mejor recuerdo de esos tiempos en el que país se esforzaba por recuperar la democracia. No pude crecer al abrigo de mi familia pequeña, pero la ampliada, con mis abuelos, tíos y primos, sumó afectos y esfuerzos, como pudo, entre el dolor y la fe en un futuro mejor, para sostenerme hasta hoy. Mis abuelos ya no están y la familia se ha seguido ampliando. La vida me dio dos hijos, muchos sobrinos y sobrinas que están creciendo. Cuando miro las fotos en blanco y negro de las generaciones anteriores, los pequeños integrantes de esta nueva generación replican los

perfiles y gestos de quienes nos precedieron, mi mamá incluida. La búsqueda de una “buena vida”, una vida más libre y plena para las mujeres, es uno de los espacios donde las mujeres de esta familia grande nos encontramos, incluso cuando nuestras ideologías y definiciones políticas a veces nos distancian. Pero en esto nos parecemos: todas queremos un futuro mejor, un país menos incierto y más solidario para nuestras hijas e hijos, y para nosotras también. En ese horizonte están puestas todas nuestras esperanzas”.

**24 de marzo, día de la Memoria por la Verdad y la Justicia**  
**SEMANA DE LA MEMORIA**  
**Presentes con historia**

**Dirección de Derechos Humanos y Acceso a la Justicia**  
**Poder Judicial**